

La causa de los neo-guelfos se hacía cada vez ménos aceptable al papa por la condicion especial de los Estados Pontificios. Este país, á consecuencia de dilatadas vicisitudes, sumido en la desgracia, única en Europa, de tener un dominio civil mezclado con la potestad eclesiástica como en la sociedad pagana, padecía muchísimo. Pero aun era peor la situación moral del país; además de la policía había una chusma de gente perdida, que ostentando adhesión al gobierno, tomaba ocasion para perseguir á los hombres de diversas opiniones, y fingia conspiraciones para desfogar particulares venganzas, haciendo de este modo á los súbditos sospechosos á los ojos de la autoridad execrable para los súbditos. Tentativas repetidas de insurrección dieron motivo á vigorosos actos represivos de parte del poder, hasta el punto de confundirse frecuentemente la causa de los insurgentes con la de los bandoleros, peste crónica del país. Últimamente Rimini, para librarse de ciertas gabelas que trataban de imponerle, se amotinó, poniéndose Renzi á su cabeza, el cual vencido, se refugió en Toscana, y fué enviado á Francia; pero habiendo vuelto á penetrar en territorio toscano, el gobierno del gran duque lo entregó al gobierno pontificio, dando con esto causa á nuevas quejas, de las cuales era el tema constante la incompatibilidad de los dos poderes eclesiástico y civil.

1846.  
Se-  
tiem-  
bre.

Gregorio XVI se manifestó tan apto para dirigir los negocios espirituales, como inepto era para los asuntos políticos; cooperó á la restauración de la jerarquía, estimuló el celo de los párrocos en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y trató de oponerse á las herejías que á la sazón retoñaban.

1846.  
16 de  
julio.

Á su muerte, ántes que hubiese lugar á las intrigas diplomáticas, el sacro colegio lo reemplazó con Juan Mastai Ferretti, que tomó el nombre de Pio IX. El nuevo papa en su encíclica repitió los lamentos de su predecesor contra la indiferencia, el racionalismo, las sociedades bíblicas, la libertad de la imprenta, y despues aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para repetir que era papa católico

» los Lombardos frente á frente con los poderosos y con los representantes del gibelinismo, tendrían á cobardía el ceder á la opresión presente sin hacer la única protesta que les es dado presentar, esto es, la de resistir intelectualmente asociándose los principios que sostuvieron su antigua independencia contra Alemania. Esto me parece que explica honrosamente el motivo por qué los mejores ingenios del reino lombardo veneto, se inclinan mas ó ménos abiertamente á las ideas guelfas.» pág. 108. Honor al leal militar que busca explicaciones generosas aun para ideas que desapruéba. No es este el estilo de los liberales, ni aun el mismo lo conserva cuando atribuye ciertas opiniones, verdaderas ó falsas, pero discutibles y discutidas á « monomanía de escritores y espíritu ciego de partido. » Pág. 133. Para que no se diga que la idea republicana nació despues de las barricadas, debe advertirse que él mismo lo titulaba desde entonces neo-guelfos-republicanos, pág. 394, y dice que huellan las prerogativas y la institucion del trono. Por lo demas todos saben quiénes son los Lombardos que directamente trataron esta cuestion; y así es que no pudo deducir la idea del anticipado republicanism lombardo sino una obra sola, atendida la profusion con que se distribuyó.

ante todo, padre de todos los fieles y celoso de los derechos de la Santa Sede; sin embargo, la opinion se formó de él un ídolo á su talento, atribuyéndole ideas, palabras, actos y esperanzas de que estaba muy ajeno. La amnistía limitada que concedió, fué aplaudida mucho mas que otras mas amplias; en todas las reformas que iniciaba se veían anuncios de bienes mayores; multiplicáronse las anécdotas que lo presentaban como hombre que reunía en sí la piedad de Pio IV, la firmeza de Sixto V y los deseos de Julio II; se excitó en su favor una admiración universal como la que suele excitarse en favor de los comediantes, y *viva Pio IX* fué la palabra de moda sustituida á todos los aplausos y á todas las esperanzas.

En realidad era un piadoso sacerdote que todos los dias dedicaba muchas horas á la oración; que en las perplejidades de su ánimo se arrojaba á los piés de la Virgen; que queria el bien lealmente; que no aspiraba á traspasar los límites del poder que le habia sido transmitido, pero que tampoco queria disminuirlo. Roma, por tanto, se convirtió en un perpétuo carnaval; todo se volvian carreras y aplausos, himnos y serenatas; algazara cuando el papa salía, cuando viajaba, cuando volvía á su palacio.

Aquel entusiasmo se propagó á la Rumanía, despues al resto de Italia, y de allí á Europa y al mundo; los protestantes como los Católicos repetían: *viva Pio IX!* y los hijos de Voltaire veían en el nombre de un papa el símbolo de todas las mejoras que podían pedir los pueblos ó realizar los príncipes.

Era difícil señalar la causa de este entusiasmo, como lo es en todas ocasiones designar la de un entusiasmo de cualquiera clase. En los mas era imitación de moda; en muchos sinceridad irreflexiva; los que echaban de ver el alucinamiento, esperaban que diese por resultado una insurrección, la cual moderada por el nombre de un pontífice, sería sagrada para el pueblo. En Italia, sobre todo, se consideró como un vislumbre de caras esperanzas, y los que « esperaban la regeneración por efecto » de la santa libertad y de la moderación vigorosa, mas bien que de la ira declamadora, de la denigración periodística y del despotismo revolucionario, creían que íbamos á ver lo que vale un príncipe, que resuelto al bien se echa en brazos de su pueblo, y se atreve á oponer resistencia á sus propios amigos. Por esto se cantaban himnos á Pio IX que eran casi un insulto á los demas príncipes.

Estos, bueno es decirlo, se vieron obligados á mejorar la condicion de sus súbditos, si no dándoles participación en el poder, á lo ménos ennobleciéndoles la obediencia; y para ello eligieron esta ocasion muy propicia porque consolidaba el trono, haciendo que de él emanasen las mejoras. Carlos Alberto, anheloso de reparar sus primeros errores con magnánimos hechos, procuró la prosperidad del Piamonte, multiplicando las instituciones benéficas, las

casas de corrección y de instrucción, y abriendo nuevos caminos, costosísimos en un país de tantos torrentes. Para evitar el torpe agiotaje, emprendió por cuenta del Tesoro público los ferrocarriles, y con el código civil abolió los estatutos locales que originaban para cada causa una indagación de alta legislación y de derecho público. Era con exceso aficionado á las armas y tenia un ejército que en pocos años habia costado 1,500,000,000 de francos, ejército necesario en verdad á un país que es el centinela de los Alpes, y aprovechándose de la magnífica posición de Génova, aunque esta no se hallaba contenta con estar á su obediencia, envió el primer buque italiano de guerra á dar la vuelta al globo. Dictó disposiciones benéficas para la isla de Cerdeña, cuya población se aumentó de trescientas cincuenta y dos mil á quinientas veinticinco mil almas; y siguiendo las huellas de su predecesor, que habia abierto entre los dos Cabos un camino, importantísimo en un país como aquel, donde los odios civiles son tan temibles, abolió el feudalismo, los asilos de las iglesias, la servidumbre llamada del *pabaril*, y poniendo en cultivo las tres cuartas partes del terreno aun baldío, utilizó la riquísima vegetación y los excelentes ganados de la isla, preparándola para aprovecharse de la importancia que va recobrando el Mediterráneo.

Carlos Alberto era tal vez el único de los príncipes italianos que leía, observando así el flujo y reflujo de la opinion, y aunque los tenía apartados de su persona, conocía á los escritores sus compatriotas y procuraba tenerles propicios con empleos y honores. Llamaba, pues, la atención y despertaba las esperanzas de muchos Italianos que recordaban las antiguas pretensiones de la casa de Saboya, la cual siempre habia deseado ponerse á la cabeza de toda la Península. Sin embargo, Carlos Alberto vacilaba entre el bien y el mal, entre el impulso y la resistencia; deseoso de apoyarse en los consejos de otros, angustiado por el recelo de que sus concesiones liberales sirviesen al Austria de pretexto para atentar contra su independencia, y de que el sacudimiento popular fuese demasiado léjos. Los sucesos de 1821 le hacían presagiar los que despues vinieron, y en los que tuvo tanta parte (1). Pero si entre sus consejeros muchos lo desanimaban é intimidaban, presentándole á los ojos peligros religiosos y políticos, no faltaba quien le exhortase á dar á su país una constitucion que fuese la envidia y el ejemplo de los demas de Italia. Él respondía ser misión antigua de la casa de Saboya el arrojar de Italia al extranjero; que para esto se requieran todas las fuerzas con que contaba, y que por

(1) El mayor adulador de Carlos Alberto, es decir, Gualterio, asegura que el Austria habia comprado todas las personas que le rodeaban, y que por este medio le arrastró á tantos errores y á aquella debilidad ascética habitual. Así, pues, para descargar al príncipe, se culpa á toda la nación piamontesa, que sin embargo es tan digna de elogio por su digna moral.

tanto no podía obtenerse sino conservando el poder absoluto, pero que conquistada la nacionalidad italiana, vendría despues y se consolidaría fácilmente la libertad.

Pero transcurrian los años y la ocasion de arrojar al extranjero no se presentaba, y los jóvenes aprendían ya á maldecir á Carlos Alberto en las canciones de los viejos (1). Al fin se enemistó con Austria con motivo de los impuestos sobre el viño, y de la sal que daba á los Suizos; y como la patria lo mismo que la religion no conocen faltas inexpiables, esto bastó para que fuese tambien idealizado como espada de Italia, mientras Pio IX era considerado como su cabeza. Los aplausos en verdad lo indujeron á conceder algunas reformas que los redoblaron. Reducíanse estas á medidas puramente administrativas; un tribunal de apelación; publicidad en los juicios criminales; alguna amplitud para la imprenta; restriccion de la policía, pasándola á los gobernadores civiles, en vez de dejarla en manos de los militares; ciertas garantías para la seguridad individual; la elección para los municipios; restablecimiento del ministerio del interior, ya muchas veces abolido, dándole atribuciones administrativas y políticas, y declaración de que sería atendido el mérito con preferencia á la antigüedad y á la nobleza en las promociones militares.

En el gobierno del gran duque de Toscana, como hemos dicho, eran benigno el mando y tranquila la obediencia, pero ningun impulso se daba á las mejoras. El docto Fossombroni habiendo cesado en el ministerio, continuó otros seis años aconsejando á su sucesor Neri Corsini. La muerte de este llevó á la cabeza de los negocios á Cempini, é hizo nombrar consejero íntimo á Baldasseroni, ménos acepto á los ojos del público como en general á los de los hacendistas, y al cual se le culpa de haber entregado al fugitivo Renzi en manos del gobierno pontificio. Sin embargo, al primer rumor de las reformas de Pio IX el gran duque las habia concedido iguales, estableciendo un consejo de Estado y nombrando un ministerio liberal; de manera que parecia que Italia caminaba tranquilamente hácia el bien, conducida por sus príncipes en armonía con sus pueblos.

En tan halagüeña ilusion se sucedían continuamente las fiestas y los banquetes; demostraciones y triunfos en favor de todo el que queria buscarlos con palabras simpáticas aunaban las opiniones divergentes; las dificultades ó no eran advertidas ó eran tomadas á juego; himnos de fraternidad, preñados de cólera y orgullo, deslumbraban los ánimos cuando mas necesario era ilustrarlos, y ponían en guardia al Austria, el odio contra la cual era tal vez el único sentimiento comun que se observaba en

(1) Execrado en todas las naciones es tu nombre, Carlifano; sangre se pide sobre tu huesosa cerviz, y sangre ha de haber. BERCHET.

El Saboyano cargado de pálidos remordimientos. GIUSTI.

1847.  
30 de  
octu-  
bre.

1847.  
24 de  
junio.

Agosto.

aquel lírico entusiasmo. Vió así Metternich, y envió un *Memorandum* á las córtés amigas, adivinando una Revolución universal, y pidiendo que afianzasen de nuevo los dominios austríacos de Italia, y auxiliáran al gobierno austríaco para sofocar las primeras chispas del incendio. Los gabinetes, consintiendo en el primer punto, querían, sin embargo, que cada Estado pudiera reformarse en lo interior sin intervencion de los demas (1). Metternich, con un artificio de los que su política acostumbraba á usar, trató de inspirar desconfianza del papa, haciendo creer que estaba de acuerdo con él; mas habiéndolo-

(1) Comunicacion de Palmerston, fecha 11 de setiembre. Guizot, entónces ministro de Francia, escribía el 17 de setiembre de 1847 que la Francia respetaria y haría respetar la independencia de los Estados, y por consiguiente el derecho que tenía cada uno de arreglar por sí sus negocios interiores; que al buen éxito de las reformas importaba que se hicieran regular y progresivamente y de acuerdo entre los príncipes y los pueblos; que el papa había mostrado un profundo sentimiento de sus derechos como soberano, por lo cual debía obtener el apoyo y el respeto de todos los gobiernos europeos, y que los ejemplos que daba y la conducta inteligente de sus súbditos debían ejercer naturalmente una influencia saludable en los príncipes y en los pueblos del resto de Italia.

Abiertas despues las cámaras en enero siguiente, Montalbert, entónces par de Francia, se lamentó de que en el discurso del trono no se hubiese hecho mención del movimiento de Italia ni del papa, diciendo que este se había colocado admirablemente en una situación en la cual necesitaba de apoyo, pues que tanto él como los príncipes que comenzaban á imitarlo, se hallaban dolorosamente aislados entre el partido de los añejos abusos y la violencia de los exaltados, que calificaban ya de retrógrada la política de Pio IX, precisamente cuando protestaba contra la ocupacion de Ferrara, y cuando hacia los mayores esfuerzos para mantener la dignidad é independencia de Italia. Añadió que era ya tiempo de que los hombres del progreso en Italia se separasen de los hombres del desórden, cesando de residir el gobierno en las calles; que la independencia temporal del papa era condición indispensable para la regular existencia y la seguridad de la Iglesia Católica en el mundo entero; que el papa debía ser independiente, no solo del yugo extranjero, sino tambien de las facciones y de los motines; que se debía infundir valor al pueblo romano contra Austria, pero tambien contra los que querían especular con aquel movimiento italiano y deshonrarlo, contra las denuncias de los proscritos de ayer que querían convertirse en perseguidores de mañana, que en fin, se le debía inspirar el ánimo necesario para enseñar al mundo lo que es una revolución pura, honrada, en una palabra, cristiana.

Merecen ser leídos tambien los discursos de Saint-Aulaire, Dupin, Hugo, Cousin, mas ó menos liberales, pero mas que los pronunciados en la Asamblea republicana. El ministro Guizot, respondiendo á estos discursos, manifestó que el trono estaba conforme en favorecer las libertades italianas, el mejor fundamento de las cuales era el papa. « El pontífice, » dijo, ha hecho una gran cosa que hace siglos no había ocurrido á ningún soberano: ha emprendido espontánea y sinceramente la reforma interior de sus Estados: su ceso inmenso que basta para merecerle una inmensa confianza, y los Italianos serían imperdonables si se la escamotáran. ¿Qué es lo que falta siempre á los grandes legisladores? Un punto de apoyo, un principio de resistencia. Una vez dado el impulso, abandonados á sí mismos, suelen ir mas allá de donde habían pensado; pero en la situación del papa al lado de un principio admirable y poderoso de reformas, hay un principio admirable y poderoso de resistencia. Dícese que el Catolicismo es irreconciliable con la libertad: esto quiere decir que la soberanía espiritual del papa, que el pontificado mismo se verán amenazados, atacados, y que el papa necesita y debe estar muy alerta. Yo sé que los revolucionarios son arrogantes y hacen poco caso de la religion, del Catolicismo y del pontificado, esperando pasar sobre ellos como un torrente: ya muchas veces creyeron haber destruido estas antiguas grandezas de la sociedad humana, pero reaparecieron en pos de ellos, reaparecieron mas grandes, etc. »

sele frustrado este grosero golpe de astucia, trató de asustarlo ocupando á Ferrara. La protesta del papa, eficaz como toda palabra firme apoyada en el buen derecho, demostró que el dominio de la fuerza había terminado.

Hablo de la fuerza armada; pero hay otra igualmente tiránica, que es la de las turbas doctas ó ignorantes, y ya parecía que esta tomaba el predominio expresándose en escritos violentos ó nauseabundos á fuerza de adulaciones, en que hombres acostumbrados hasta entónces á juzgar solamente del mérito de bailarinas y cantantes, dictaban magistralmente fallos políticos y daban movimiento á una pequeña masa que usurpaba el sagrado nombre de pueblo. Y como tales gentes necesitan atacar ó adular á las grandes reputaciones, mezclábanse los aplausos de moda con palabras de execración, no ya contra el comun enemigo, sino contra Italianos. No se exaltaban los nombres de Pio IX, de Carlos Alberto, de Leopoldo, de Gioberti y de otros ídolos del día, sin que se dirigiesen imprecaciones al sanguinario rey de Nápoles y á los Jesuitas. Cada cual creía ver un jesuita á su lado; jesuita era el émulo, el adversario, el rival, el envidiado, el bienhechor, y Metternich se reía. Las diatribas periodísticas se convirtieron en gritos de plaza y en tumultos; Carlos Alberto, que había garantizado á los Jesuitas y á las Beatas del Sagrado Corazon contra todo ultraje, tuvo que permitir su expulsion; Carlos Alberto, que había declarado inútil la guardia nacional en un país de tanto ejército, se vió obligado á dejarla armar, y estos ejemplos en todas partes eran imitados. Ya en Roma, pareciendo que Pio IX caminaba con mas lentitud de la que se quería, se había extendido el rumor de una conjuración contra su vida, y en su consecuencia reclamado el armamento del pueblo para defenderlo como si tuviese enemigos. Despues se estableció un consejo de cien individuos, de los cuales el papa debía elegir un Senado de nueve; luego se fundó un consejo de Estado presidido por un cardenal; el gobierno pontificio entró en negociaciones con el Piamonte y la Toscana para una liga aduanera italiana como preparatoria de la liga política; pero ya Pio IX se asustaba del movimiento acelerado que se le hacía llevar, y al nombrar un patriarca para Jerusalem protestó contra los que abusasen de su nombre para oponerse á las autoridades. Despues (26 de noviembre de 1847) al inaugurar las sesiones del consejo de Estado, declaró que había hecho y estaba dispuesto á hacer lo que creía conducente al verdadero bien de los pueblos, pero sin menoscabar la soberanía de la Santa Sede, ni lanzarse á las utopías que otros locamente proclamaban apoyándose en sus actos. Los que se prometían hacer de las bendiciones de Pio IX proyectiles de cañon, no se engañaban acerca del sentido de tales declaraciones, pero las suponían sacrificios hechos por el papa á las exigencias extranjera, porque era, y acaso será

siempre, propio del carácter de los agitadores negar los hechos.

Entretanto el rey de las Dos Sicilias, á consecuencia de un movimiento vigoroso de la isla y de una demostracion de la capital, y á pesar de las protestas de las potencias del Norte (1), concedió no solamente reformas, sino la constitucion y una amplísima amnistía. Su nombre hasta entónces maldito fué ensalzado por las nubes, y en tal tono que los demas príncipes conocieron que era forzoso imitarlo. Carlos Alberto, luchando con sus recuerdos y tal vez con las promesas hechas, despues de haber confesado y comulgado, prometió una constitucion, paliándola con el nombre de estatuto. Siguió el gran duque de Toscana recordando que en otro tiempo Leopoldo I se había propuesto dar una al país y aun la había hecho redactar por el senador Gianni, y que Fernando I, cuando los individuos del consejo general de Florencia se presentaron á felicitarlo por su vuelta el 7 de enero de 1815, les anunció que no « se pasaria mucho tiempo sin que su pueblo poseyese una constitucion y una representación nacional (2). » El duque de Luca había anticipado á Toscana la cesion de su dominio temporal, y luego, habiendo heredado el ducado de Parma por muerte de María Luisa, prometió tambien la constitucion. Restaba Pio IX, y aunque había proclamado que no disminuiría la potestad que había recibido de sus predecesores, y aunque todos decían que la Santa Sede no podía sufrir restricciones parlamentarias, consultó al consistorio si aun era dable hacer mas concesiones, y habiéndole contestado todos sus individuos afirmativamente, declaró, que dejando á salvo la religion, se prestaría á todas las innovaciones que fuesen necesarias, y dió tambien la constitucion.

Para el objeto de la unidad italiana habría sido de desear la uniformidad completa de estas constituciones; pero se diferenciaban poco una de otra, estando todas calcadas sobre la francesa, y estableciendo dos cámaras, ministros responsables, senadores elegidos por la corona, diputados nombrados por electores contribuyentes, libertad de imprenta y derecho de peticion. Solo Roma conservaba como tercera cámara el consistorio cardenalicio que en secreto decidía acerca de las resoluciones del parlamento, habiéndose reservado ademas los negocios mixtos ó concernientes á los cánones y disciplina eclesiástica.

La multitud entónces se manifestó ebria de gozo; miéntras los que no quieren ser multitud discutian acerca de la libertad, de sus formas y fundamentos, preparaban constituciones, expre-

1848.  
27 de  
enero.1848.  
8 de  
febrero.11 de  
febrero.1847.  
18 de  
octubre.1848.  
14 de  
febrero.1848.  
febrero.16 de  
julio.Oct.  
bre.Nov.  
vicio.  
bre.

saban públicamente sus deseos, pedían y obtenían nuevos ministerios, no ya por la voluntad de los príncipes, sino á satisfacción de los ciudadanos, hasta el punto de haber subido al poder personas desde muy antiguo veneradas en Italia, y otras que acababan de regresar de largos destierros; jactábanse los príncipes de las cortapisas que á sí propios se ponían, proclamando su deseo de que la ley fuese un acto de razon, no un acto de poder, y como si la gangrena se remediara con agua de rosas, se formaban la ilusion de una beatífica concordia entre pueblos y príncipes, entre la fuerza y el pensamiento, para conquistar la libertad y la independencia.

## CAPÍTULO XXXIV

Revolucion francesa. — Las insurrecciones.

Una nueva Revolución en Francia alteró aquel bienaventurado progreso.

Hace un siglo que este país da impulso á los movimientos europeos; pero entre tantas glorias y conquistas no ha crecido ni con mucho como sus émulos. La Francia ha perdido á Santo Domingo y la mayor parte de las Antillas, el Canadá con la Luisiana, y todos los establecimientos que tenía en los Golfos de Méjico y de San Lorenzo; en África ha perdido tambien las islas de Madagascar y de Francia; en la India, desde el Cabo Comorin hasta Surate y el Ganges; en Europa la isla de Menorca y las plazas con que Luis XIV había proveído á la defensa de las fronteras. Ademas de esto, no son ya débiles dominios eclesiásticos los que encuentra interpuestos entre sus confines y la Prusia y otros Estados de la Confederacion Germánica, y hácia los Alpes tiene tambien una barrera reforzada. En cambio ha puesto un pié en el Africa Septentrional, y desde las Marquesas mira á esas islas de Sandwich que, situadas precisamente en medio del camino de América á la China, en la direccion obligada de los buques europeos que van á las Indias y á las pesquerías, prometen un grande porvenir. Se ha aumentado por otra parte su influencia moral al paso que se ha disminuido su poder político.

En lo interior su gran Revolución le dió por lo ménos la inmensa ventaja de unificarla, de hacerla mas compacta que cualquiera otra nacion de Europa, dejándola limpia de las grandes iniquidades de conquista que impiden el desarrollo de las demas y alejan para ellas el día de la justicia. Constituida en laboratorio de los mayores experimentos, su importancia no consiste en un cambio de ministerio, ni tampoco de dinastía ó forma de gobierno, ni en la adquisicion de una frontera mas extensa en los Alpes ó en el Rhin, ni en la alianza con Rusia ó Inglaterra, sino en aquella exaltacion de sentimientos generosos, la cual con frecuencia los produce, en aquella manía de agrandar, en aquella

(1) Comunicacion de Napier á Palmerston, fecha 31 de enero de 1848, que se halla entre los documentos publicados por el ministerio inglés.

(2) Cuando, en 1820, estalló la revolucion en Nápoles, dijo el gran duque á los ministros: « Pues, señores, si hay que dar una constitucion, tened presente que no quiero ser de los últimos. »